



ANBOTO

(Fot. y texto de «Pakol».)

ANBOTO

Muchas veces ha sido descrito el Anboto, el coloso del Duranguesado. Sobre todo en los albores del montañismo vasco, cuando se iban descubriendo los atractivos de nuestros montes y el excursionismo de montaña o «alpinismo» regional ganaba adeptos en masa, gracias a las sencillas directrices que marcaron entonces aquellos que comenzaron a dar forma organizada a nuestro preferido ejercicio.

Hoy, Anboto es una de esas cumbres del País Vasco casi olvidadas, como si nos halláramos ya agotados de contar las ascensiones de los «mendi-goizales» a su cima, de narrar las peripecias de las cordadas que terminaron con la virginidad de sus verticales o de repetir las variadas leyendas de su Dama.

En la actualidad, nuestras plumas prefieren reseñarnos andanzas por macizos de fuera de la región —¿más meritorias cuanto más lejanas?— arrinconando lo íntimo para incensar lo ajeno...

Pero pese a esta nuestra mermada admiración hacia su plateada mole, ahí está el Anboto, tan magnífico como siempre, tan bravo como lo conocieron sus primeros amantes de claveteadas botas. Unas veces con su habitual capucha de niebla, otras luciendo todo su esplendor con el mágico tocado del viento sur.

Lo rodean preciosas campas, como la de Zabalandi, boscajes como el de Atzarro, manantiales como el de Azuntze, ermitas alpestres como la de Santa Bárbara.

Se encuentran en él desde refugios hasta cuevas de «sorgiña»; desde paredes del máximo grado hasta deliciosos lugares para el camping.

Y por tener todo lo que una montaña puede tener, lleva hasta sangre de escalador al pie de una de sus difíciles aristas.

Cuando desde Memaya lo contemplamos en esta diáfana mañana, los dispersos caseríos de Arrazola asemejan caracoles que en inadvertible marcha quieren alcanzar su impresionante canchal septentrional, cerrado a la derecha por la arista de «Frailia» que recuerda al infortunado Emaldi, en tanto que por el lado izquierdo y coronado por la muela de Izpizte, la torren-tera de las aguas que Zabalandi vierte al Cantábrico —sus manantiales de la parte opuesta contribuyen al Mediterráneo— abre surco hacia el río Axpe.

Visible desde montes y valles, el aspecto que nos ofrece este gran peñón se presta para dar fe a la existencia de la Dama de Anboto.